

## De actualidad



# Mentir sin engañar

¿Conque la lengua española, según dijo uno de nuestros antiguos monarcas, se hizo para hablar con Dios? Sí, ¿eh? ¡Pues a hablar con El! Pero a solas, a solas. Y sobre todo a oírle, a oír a Dios, que nos habla en la conciencia. A solas.

Habrà quien recuerde que al Cristo le tentó el Demonio en el desierto, cuando estaba aquél a solas, pero en el desierto rechazó la tentación. Y eso se nos enseñó para que sepamos que es en el desierto, y a solas, donde se rechaza la tentación.

¿Conque la lengua española se hizo para hablar con Dios...? Pero la española, ¿eh? y no la germanía, no la grosera jerga de los señoritos achulapados. Si uno, por ejemplo, que tenga a su suegra mala le pregunta a Dios—por medio de un facultativo—: “¿Qué? ¿La diña?” Dios no contesta. Porque eso ni Dios lo entiende; no quiere entenderlo. Contestaría si fuese un “zincaló” verdadero, castizo, “romanó”, el que se lo preguntara, pero no si quien le pregunta eso ha aprendido palabras de “caló” por medio de la germanía, de la jerga de gente maleante, de la hampa—de la hampa alta o baja—del tahures, celestinos y consortes. Y no del pueblo, porque el pueblo no conoce esa jerga. No llega a las chozas aunque suba muy alto.

Además no sólo une a los pueblos la lengua. Les une más la justicia, la religión civil. Y en toda esa huera y faramallosa retórica de banquetes de fraternidad iberoamericana se hace lo que Pablo Luis Courier decía que es el servicio de los nobles cortesanos: “Mentir sin engañar”. Eso no es más que mentir sin engañar.

En aquel formidable discurso—retórica, sí, pero alta y noble y pura y sincera retórica—que siendo presidente de la República Argentina pronunció Domingo F. Sarmiento, el 24 de septiembre de 1873, al inaugurarse la estatua al general Belgrano, dejó dicho para siempre: “Debemos a España la sangre que corre en nuestras venas y cuando la desgracia

aflige a sus hijos, podemos pagar las de sus héroes, los Solís, los Ayolas, los Irala, los Garay, que se sacrificaron por fundar estos pueblos. Habrá patria y tierra, libertad y trabajo para los españoles cuando en masa vengan a pedirnosla como una deuda.”

¡Habrá libertad! Hace poco el que esto escribe ha recibido de la nobilísima patria del gran Sarmiento, de la que fundaron Mendoza y Garay, un mensaje, con miles de firmas, encabezadas por las de los profesores de las Facultades universitarias y Escuelas Normales, contra un fallo “anacrónico e injusto” que no fué consultado, ni en español ni en germanía ni en caló, con Dios. Y al contestar a los muy generosos intelectuales de la protesta grita, a través del océano, la verdad de lo que aquí está pasando, en este reino que es ya, como dijo el secular semanario conservador inglés “Saturday Review” el último despotismo que en Europa queda. Y al contestar a ese mensaje pide a los generosos argentinos—¡escandalicense nuestros fariseos de la patriotería represiva!—les pide que intervengan de algún modo en esta España envilecida hoy por la Inquisición que ha sustituido a la Constitución.

Y entenderán nuestro grito, ¡vaya si lo entenderán! Porque va dicho señor, en lo más castizo, en lo más lígrimo, en lo más trasparente de la lengua en que hablamos con Dios. No les decimos que España la va a “diñar”, porque no nos entenderían. Al sacudirse del yugo del despotismo de Fernando VII, el Abjecto, cerraron la entrada a esas expresiones de germanía—que ni de caló legítimo, gitano—que sólo expresan lo más vulgar, lo más rastrero, lo más grosero de los sentimientos de un hombre. ¡Qué de un hombre! De un hombre, ¡no! de un señorito.

Nos entenderán, porque hablamos limpio y claro y—digámoslo con la modestia que nos caracteriza—en el más castizo y jugoso y aireado y so-leado castellano. Y castellano en boca

de vascongado, que es más, crean lo que creyeren los papanatas. No les hablemos en germanía ni en caló. ¡Ni en vascuence, claro!

“Sinan chorriás as quiribís pur peñan as chachumis”. ¿Qué, no “chanela” esto el “gachó”? Pues coja el vocabulario caló-castellano de don Francisco de Sales Mayo y lo podrá traducir. Pero no pretenda hablar a Dios en esa lengua, porque no le entendería. “Undebel”, el Dios “zincaló” “chanela” a los “zincalós” y las “zincallís” en ese su “caló”, pero a nosotros, a los españoles de sangre, no quiere entendernos si no le hablamos en nuestra lengua. A los españoles de sangre, ¿eh?, porque hay sangre—sangre amarilla—que no tiene patria. Y de ella hemos de hablar.

Hace poco que algunos fariseos han puesto el grito en el cielo—en el cielo de la boca—porque un diputado francés ha alzado su voz sobre las vergüenzas del régimen a que está sometida Barcelona. Pues el que esto escribe pide a sus hermanos espirituales—la lengua es la sangre del espíritu—de la República Argentina, la que por boca del gran Sarmiento nos ofreció libertad a los españoles, les pide que hagan sentir su presión sobre esta ex patria en que sólo campean libres el juego de azar, el libertinaje tenoriesco y los “negocios”. Y la charlatanería vesánica de Fomento.

Y la Empresa Maese Pedro y Compañía, el cotarro de Ginesillo de Parapilla y consortes, maestros en artes de germanía, ¿ese, cuándo la “diña”?

“¿Se chanela grañó?” (Esto no es vascuence.)

MIGUEL DE UNAMUNO